



La celebración de la eucaristía

TADEO ALBARRACÍN M., Pbro.*

RESUMEN



El Año de la Eucaristía ha servido para una retoma de conciencia de la manera como celebramos la misa. La situación de muchos feligreses que asisten a ella y que no han recibido una adecuada iniciación cristiana ha introducido un desequilibrio en la celebración: la necesidad de formación e instrucción en la fe ha llevado a una preponderancia de la palabra sobre el gesto. Si la eucaristía es "cumbre y fuente" de la vida cristiana, su celebración implica un antes y un después; la experiencia de mistagogía que floreció en la patrística nos puede dar luces para la tarea de hallar un equilibrio entre el antes y el después.

Palabras clave: Eucaristía, liturgia, mistagogía, participación, iniciación cristiana.

Abstract

The year devoted to the Eucharist has aided our reflection on the manner we celebrate Mass. The situation of many faithful who attend Mass but have not had an adequate Christian initiation has brought about a lack of balance in the celebration; the need for instruction and formation has caused a preponderance of the word over the actions. If the Eucharist

* Licenciado en Teología con especialización en Liturgia, Instituto de Liturgia de Barcelona, España. Profesor en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Correo electrónico: albarracin@javeriana.edu.co



is the source and summit of the Christian life, its celebration presupposes a preparation and a continuation. The mystagogic experience that flourished in the patristic era can enlighten our task to cope with this need.

Key words: Eucharist, liturgy, mystagogy, participation, Christian initiation.

El Año de la Eucaristía propuesto por el papa Juan Pablo II ha servido para que desde diferentes disciplinas y actividades pastorales la Iglesia renueve el asombro por el misterio, “que es la raíz y el secreto de la vida espiritual”, y como consecuencia se ahonde en la centralidad de este sacramento para la vida de cada discípulo de Jesús y de la comunidad cristiana.

Desde el Concilio Vaticano II se propone como uno –¿el primero?– de los objetivos de la renovación de la Iglesia, para responder a nuestro tiempo, “acrecentar cada vez más la vida cristiana entre los fieles” (Vaticano II, SC No. 1), esto es, hacer crecer (o favorecer el crecimiento) de la vida de Cristo en los bautizados.

Por otra parte, el mismo Juan Pablo II, en un documento iluminador para la pastoral de la Iglesia en los inicios del tercer milenio, la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, señala como valor programático del peregrinaje de los cristianos caminar desde Cristo hacia la santidad:

Este don, de santidad, por así decir, objetiva, se da a cada bautizado. Pero el don se plasma a su vez en el compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: “Esta es la voluntad de Dios: su santificación” (1 Ts 4, 3) (...) Poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la habitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno “¿quieres recibir el bautismo?” significa al mismo tiempo preguntarle, “¿quieres ser santo?” Significa ponerlo en el camino del Sermón de la montaña: “Sean perfectos como es perfecto su padre celestial.” (Mt 5, 48). (Juan Pablo II, *NMI*, Nos. 30, 31)

Durante los meses anteriores ha vuelto a escucharse reiteradamente la feliz afirmación “fuente y cumbre” de la vida cristiana, que es como la *Lumen gentium* se refiere a la eucaristía cuando presenta el ejercicio del



sacerdocio común de los bautizados (Vaticano II, *LG*, No. 11)¹, afirmación similar había expresado un año antes la *Sacrosanctum Concilium* aplicándola a la liturgia en general, pero sin desconocer la centralidad de la eucaristía:

La liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que todos, hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor. (No. 10)

La Iglesia, en su quehacer pastoral, convoca los hombres mediante el anuncio de la Palabra para que orienten su vida según el Evangelio de Jesús de Nazaret, los vincula efectivamente al acontecimiento pascual de Jesús mediante la inmersión del bautismo, infunde en ellos –por la unción de la confirmación– el mismo Espíritu que animó a Jesús a “pasar haciendo el bien y curando a todos los que estaban bajo el dominio del diablo” (Hch 10, 38) y les prepara la mesa de la eucaristía para que se alimenten y recobren fuerzas en la construcción del Reino de Dios entre los demás hombres, por ser la misma eucaristía renovación de la alianza de Dios con la humanidad.

Al hablar de fuente y cumbre, estamos hablando de un antes y de un después, de un caminar ascendente *en pos de* y de un punto de partida *hacia*. En la celebración litúrgica de la eucaristía convergen estas dos dimensiones de temporalidad.

Para la mentalidad del Vaticano II la eucaristía no es una celebración o un acto de culto aislado: como sacramento es presentada como la culminación de la iniciación cristiana (cfr. *LG* No. 11; *AG* No. 14), en cuanto celebración es propuesta como el centro en torno al cual gira toda la liturgia de la Iglesia.² Consideremos el aspecto celebrativo en estos contextos sacramental y cultural.

ABUSOS O DESCUIDOS

En la introducción de su última carta encíclica, el papa Wojtyla exponía que la reforma litúrgica del Vaticano II alentó la participación activa, consciente y

1. Cfr. VATICANO II, Concilio Ecuménico, constitución *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, No. 11: “[Los bautizados] al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos con ella.”
2. En *SC* No. 6 se afirma que los apóstoles fueron enviados por Jesús no sólo a anunciar el Evangelio, “sino también para que realizaran la obra de salvación que anunciaban mediante el sacrificio y los sacramentos en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica.”



fructuosa de los fieles en la eucaristía; pero junto a ello hay unas sombras representadas, entre otras situaciones, por “ciertos abusos que contribuyen a oscurecer la recta fe y la doctrina sobre este admirable sacramento” (Juan Pablo II, *EE* No. 10) y a partir de esta constatación deriva como finalidad de dicha encíclica “contribuir a disipar” aquellas sombras.

Posteriormente, para responder a una petición de la misma encíclica, la Congregación para el Culto Divino publicó la instrucción *Redemptionis sacramentum* (2004). Allí se retoman algunos elementos de la normativa litúrgica para reforzar el sentido profundo de las normas litúrgicas con base principalmente en la ordenación general del *Misal romano*.

Esta manera de abordar la celebración de la misa, principalmente desde la normativa litúrgica, puede derivar en el riesgo de vernos andando en el borde del rubricismo. Sin embargo, no dejan de tener la intención de exponer el profundo sentido de la norma.

Al margen de ello, de lo normativo-ceremonial, queremos hablar de otro olvido o abuso en la celebración de la eucaristía, éste como consecuencia de no considerarla debidamente como “fuente y cumbre” de toda la vida cristiana. Este abuso u olvido se revela en cierto aislamiento que circunda muchas veces las eucaristías que se celebran. ¡Tan fácilmente se “dice misa” sin un antes y sin un después!

HACIA LA CUMBRE

Respecto del “antes”, pensamos que en gran medida las dificultades evidenciadas en la misma celebración de la eucaristía derivan de una deficiente o muy descuidada iniciación cristiana.

Debe haber encuestas y estadísticas con interesantes interpretaciones en los trabajos de campo de los estudiantes de las facultades de teología; pero en muchas ocasiones se advierte que celebramos la eucaristía con personas que no son muy conscientes del seguimiento de Jesús, que no tienen, al menos, el propósito de querer vivir el proyecto del Reino; es decir, celebramos la misa con fieles que en muchas ocasiones no han sido iniciados debidamente en el cristianismo.

Esta situación da a la celebración de la eucaristía un cariz muy particular que se ve reflejado en una celebración desequilibrada. Decimos aquí



desequilibrada porque no hay compensación entre la celebración de la Palabra y el rito sacramental.

En la antigüedad cristiana³ y hasta el *Misal* propuesto por el Concilio tridentino y promulgado por el papa Pío V, el 4 de julio de 1570, la celebración de la eucaristía comprendía una primera parte, denominada “Antemisa” o “Misa de catecúmenos” y una segunda llamada propiamente “Misa” (de los fieles) o “Misa sacrificial”.⁴ Pareciera que muchas de nuestras misas hoy fuesen principalmente misa de catecúmenos.

Nos explicamos. Dado que la situación de muchos de nuestros fieles es la de cristianos no iniciados, la celebración de la misa con ellos desarrolla preponderantemente la liturgia de la Palabra. Ello se manifiesta a través de una marcada insistencia por lo catequístico, haciendo que en la celebración los aspectos de orden formativo intelectual (dogmático) o práctico (moral) primen sobre lo simbólico celebrativo.

A nivel de la preparación suele suceder, por ejemplo, que cuando dispone la celebración, quien la preside suele centrarse en la preparación de la homilía. Pocas veces acordará con el ministerio musical el repertorio

3. Cuando entró en vigencia la disciplina del Arcano, se ordenó mantener en secreto algunos ritos y textos propios del cristianismo, para los catecúmenos y para los no fieles, con el fin pedagógico de inculcar que sólo después de recibir la fe (iluminación) por los sacramentos de la iniciación se podría captar el sentido profundo de ellos. Así, por ejemplo, San Ambrosio inició la catequesis mistagógica: “Ahora el tiempo nos invita a hablar de los misterios y a dar la explicación misma de los sacramentos. Si hubiésemos pensado insinuároslo antes del bautismo, cuando todavía no estabais iniciados, se hubiera considerado esto como traición de nuestra parte, más que como una enseñanza.” (*De mysteriis*, 1, 2. Trad. castellana de Pablo Cervera Barranco en Ambrosio de Milán, *Explicación del Símbolo, los sacramentos. Los misterios*, Madrid, 2005, pp. 141ss.).
4. Aunque no coincide exactamente la extensión “Antemisa” y “misa de catecúmenos”, pues mientras mantuvo su vigencia la institución del catecumenado en la Iglesia de la antigüedad se permitía el ingreso de todas las personas a la celebración (bautizados, catecúmenos, y simplemente simpatizantes), después del sermón –en algunos casos antes de la oración universal, en otros después de ella– se invitaba a los catecúmenos y a los simpatizantes a salir del recinto, de modo que en algunos lugares los catecúmenos permanecían en la celebración hasta antes de terminar la Antemisa (ya no estaban para la oración universal), mientras que en otros acompañaban la celebración de toda la Antemisa y sólo se retiraban (eran retirados) inmediatamente antes de preparar la mesa de la eucaristía (ofertorio). El asunto era si quienes asistían a la instrucción (lecturas –lecciones– y homilía), pero aún no participaban del sacerdocio común podrían orar conjuntamente con los fieles (cfr. Jungmann, 1959: 299-524).



de cantos y los momentos de silencio; puede que algo le diga al sacristán sobre los libros que necesitará y los utensilios que utilizará. ¡Cuánto mejor y deseable que dedique algún tiempo a la oración! Pero hay que preparar también los demás elementos de la fiesta y coordinar la realización de la misma con los otros ministros.

¿A qué obedece ese afán desmedido por hacer tantos comentarios o moniciones en nuestras celebraciones? Pensamos que con esta sobreoferta de palabras se trata de salir al paso de la situación de unos asistentes que están en condición de catecumenado.

Aunque la celebración de la liturgia debe ser catequética y aunque la actividad de la catequesis tenga momentos celebrativos y de oración, ello no justifica tener que romper el ritmo propio de la celebración por acotaciones catequéticas o explicaciones de ritos y signos. Tanta explicación en la celebración es una especie de remiendo de última hora a una situación de deficiente iniciación cristiana. Tanto verbalismo no da lugar para que se exprese el misterio.

La constitución *Sacrosanctum Concilium*, cuando propone los criterios para la reforma de los ritos de la misa, dice que “las dos partes de que consta la misa, a saber, liturgia de la Palabra y liturgia eucarística, están tan estrechamente unidas entre sí, que constituyen un único acto de culto” (No. 56).

De cara a este tema, la instrucción *Redemptionis sacramentum* recuerda que “no es lícito separar una de otra, ni celebrarlas en lugares y tiempos diversos. Tampoco está permitido realizar cada parte de la sagrada misa en momentos diversos, aunque sea el mismo día” (No. 60). Se trata de dos mesas que constituyen un único banquete: la mesa de la Palabra y la mesa de la eucaristía, el pan de la Palabra y el pan de la eucaristía.

Palabra y eucaristía conforman un único acto de culto, pero la inflación de Palabra y la alta discreción con la que rápidamente se suele dar cuenta del misterio contenido en la liturgia de la eucaristía oscurecen la percepción de la estrecha unidad que se debe manifestar en la celebración de la misa.

DESDE LA FUENTE

Respecto del después, habría que considerar los efectos en la comunidad celebrante y en la vida cristiana de los discípulos. Reconocemos que es muy difícil elaborar un juicio en este sentido. También hay autores que han escrito



sobre la proyección social de la eucaristía y sobre la dimensión escatológica de la misma.

En estos párrafos nos situamos en un plano más modesto: la eucaristía como fuente de vida cristiana. Ya en el siglo III San Ireneo de Lyon señaló como efecto de la participación en la eucaristía la incorruptibilidad del cuerpo y la esperanza de la resurrección.⁵

Santo Tomás de Aquino acudió a la analogía de la vida humana para explicar el proceso de iniciación cristiana. En tal contexto expuso que el cristiano que ha llegado a la adultez (por la confirmación) se nutre de la eucaristía, la cual es fuente de la vida cristiana en el sentido de que “uniendo a Cristo por la gracia robustece la vida espiritual del hombre como alimento espiritual y medicina espiritual”.⁶

Cuando comenzaban a sentirse los vientos reformadores impulsados por el Movimiento Litúrgico, en 1905, el papa Pío X respaldó la iniciativa de algunos cristianos en orden a acudir a la eucaristía no sólo para la adoración sino también para alimentarse de ella por la comunión diaria.⁷ Durante el mismo pontificado, la Sagrada Congregación de Sacramentos, en 1910, determina “la edad de la discreción” como la edad para que los niños empiecen a comulgar.⁸

A propósito del Movimiento Litúrgico, uno de sus teólogos más renombrados, Dom Odo Casel, de manera similar a como lo hizo Santo Tomás, hace una presentación de los sacramentos de la iniciación y la condición de la eucaristía como fuente de vida cristiana:

5. Cfr. *Contra los herejes*, IV, 18, 5: “¿Cómo dicen [los gnósticos] que se corrompe y no puede participar de la vida, la carne alimentada con el cuerpo y la sangre del Señor? (...) Así como el pan que brota de la tierra, una vez se pronuncia sobre él la invocación (*epiklesin*) de Dios, ya no es pan común, sino que es la eucaristía compuesta de dos elementos, terrenos y celestial, de modo semejante también nuestros cuerpos, al participar de la eucaristía, ya no son corruptibles, sino que tienen la esperanza de resucitar para siempre.” (González, 2000: 403)
6. *Suma de Teología*, III, 79, 6. (1994: T. V, 706).
7. Cfr. Decreto *Sacra Tridentina Synodus* “... el deseo de Jesucristo y de la Iglesia de que todos los fieles se acerquen diariamente al sagrado convite, se cifra principalmente en que los fieles unidos con Dios por medio del sacramento, tomen de ahí la fuerza para reprimir la concupiscencia.” (*Ds* 3375).
8. Cfr. decreto *Quam singulari* del 8 de agosto de 1910.



El bautismo purifica del pecado por la inmersión en la cruz de Cristo, la confirmación le infunde la nueva vida del Espíritu y la comunión vigoriza y mantiene esta vida y hace que los miembros sean perfectamente una misma cosa con el cuerpo. (Casel, 1953: 79)

Pero quizá el mayor aporte de Casel sea el haber introducido el tema de la participación para explicar la relación entre celebración litúrgica y vida cristiana.

La vida cristiana es la manifestación y la consecuencia de la victoria pascual de Cristo en la vida concreta (histórica) de una persona; ahora bien, para que la vida cristiana en esta condición de historicidad (es decir, expuesta al deterioro por el paso del tiempo) no sólo se sostenga sino que se acreciente, es preciso que la pascua de Cristo vaya, por así decirlo, ganando espacio en la vida del cristiano, “apoderándose” de ella.

En términos paulinos, es ir pasando de una vida según la carne a una vida según el Espíritu. Para ello es preciso que el discípulo vaya participando de la pascua de Cristo y esto lo hace en la Iglesia a través de varias mediaciones: la oración, la *lectio divina*, el sufrimiento que actualiza la pasión de Cristo, la vida comunitaria y, desde luego, los sacramentos y la liturgia; pero lo específico de la participación en la pascua de Cristo a través de la mediación sacramental es el signo.

Ahora bien, el signo descansa sobre un consenso comunitario previo. En este orden de ideas, lo que buscaría la iniciación cristiana es introducir al catecúmeno en este consenso y en esta comunidad. El signo sólo opera en el interior de una comunidad y sólo afecta a quienes se sienten miembros de ella. Sin consensos de comunidad o de grupo humano no hay signos.

Humberto Eco afirma que es ingenuo pensar en el signo como una entidad semiótica fija, pues no hay propiamente signos sino “sistemas de codificación” que establecen relaciones significativas (1995: 84).⁹ ¿Qué tan universales, definitivas y objetivas son estas “relaciones significativas”?

No pretendemos poner en duda la eficacia objetiva de los sacramentos, pero sí tener en cuenta que si no hay un “antes de la celebración” significado en una escucha del Evangelio, que mueve a la conversión manifestada en el

9. “Hablando con propiedad, no existen signos, sino funciones semióticas. Una función semiótica se realiza cuando dos funtivos (expresión y contenido) entran en correlación mutua.”



deseo sincero de vivir según el proyecto del Reino, es muy aventurado pensar humanamente en un “después” que implique el incremento de la vida cristiana.

Sin ánimo de realizar juicios de conciencia, pero sí desde lo litúrgico, se puede pensar en abuso de la celebración de la eucaristía cuando ésta se realiza al margen de unos mínimos de vida cristiana, de al menos la inquietud de vivir el programa del Reino.

LA MISTAGOGÍA COMO PARTE DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

Para encaminarnos hacia una propuesta nos parece adecuado considerar en serio la mistagogía como etapa de la iniciación cristiana; los grandes mistagogos fueron los padres de la Iglesia. En su tiempo la mistagogía tuvo su momento culminante, aunque el catecumenado como institución, al menos en Occidente, fue decayendo cuando entrábamos en el siglo V.

Para no desanimarnos pensemos que en su ministerio episcopal San Agustín se encontró con situaciones similares a las de nuestros días. Si hoy nos movemos en muchos casos en un entorno de “cristianismo sociológico” en la época del santo obispo había algo así como un “catecumenado sociológico”: muchas personas que ingresaban al catecumenado y allí permanecían sin decidirse a hacerse cristianos.¹⁰

Para los padres latinos, como San Ambrosio, la mistagogía es un camino que arranca en la experiencia de la celebración para ahondar en el misterio, para llegar hasta la *ratio* de aquellos gestos de los cuales participó el neófito

10. En una ocasión, cuando se leyó en la celebración un fragmento del sermón sobre el pan de vida (Jn 6) y San Agustín, por la disciplina del Arcano, no podía explicar a qué se refería el texto cuando decía “Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida” (Jn 6, 56), entonces requería a los catecúmenos: “De los que habéis escuchado estas palabras, no todos las habéis entendido; pero los ya bautizados y fieles sabéis lo que dijo; en cambio, los que entre vosotros se llaman catecúmenos u oyentes, óyenlo leer; mas ¿acaso han podido entenderlo? (...) Los que ya comen la carne del Señor y beben su sangre, mediten lo que comen y lo que beben (...) Los que todavía no comulgan, apresúrense a venir a este banquete. (...) ¿Por qué razón, catecúmenos, no os llegáis al banquete de la mesa que tenéis a la vista? (...) La Pascua está ahí; inscribete para el bautismo. Si la festividad no te mueve a ello, muévete la curiosidad de saber lo que se ha dicho: ‘Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él.’” (*Sermón* 132, 1, Fueyo y De Luis, 1983: 167ss.). Algo apurada debió haber sido la situación del catecumenado sociológico para que un teólogo y *rethor* de la talla de San Agustín argumentase la satisfacción de una curiosidad como motivo para decidirse a participar de los sacramentos y así entrar de lleno a la comunidad cristiana.



en la vigilia pascual. Al principiar la semana de la mistagogía –el lunes de la octava de Pascua– Ambrosio comenzaba a exponer a quienes dos días antes habían sido incorporados a la Iglesia por los sacramentos de la iniciación: “Ahora, el tiempo nos invita a hablar de los misterios y a dar la explicación misma de los sacramentos.”¹¹

En las catequesis mistagógicas del obispo de Milán el término *mysterium* hace referencia al sentido profundo (*ratio*) que se descubre desde la revelación, mientras que *sacramentum* se llama a la parte visible del *mysterium* que se actualiza en la celebración.¹²

El mistagogo hace remontar al neófito desde el gesto sacramental hasta el descubrimiento de la acción salvífica de Dios y la participación existencial en el misterio. En el contexto de la mistagogía hay que comprender “misterio” desde la concepción paulina como el proyecto salvífico que Dios mantuvo en secreto durante siglos pero que en la plenitud del tiempo el Padre reveló por medio de Jesucristo (Rm 16, 25-26; Ef 1, 9-20; 3, 5.9); proyecto salvífico que consiste en la “cristificación” del hombre (Ef 1,10; 3, 6-9; Col 1, 25-27), en hacer que cada hombre y cada mujer tenga la vida de Cristo glorificado.

La mistagogía va más allá de explicar signos. La mistagogía está en orden a la participación consciente del cristiano en el proyecto salvífico de Dios. El *Directorio General para la Catequesis* (1997) señala en este sentido que la catequesis mistagógica debe ayudar al neófito a interiorizar y a gustar los sacramentos de la iniciación cristiana y a incorporarse en la comunidad (Nos. 89 y 129).

Consecuentemente con lo que hemos expresado, la celebración de la eucaristía no es la ocasión más oportuna para la catequesis como tal, pero sí hay dentro de su estructura un momento que debería insistir más en la

11. *De misteriis*, I, 2: “Nunc de misteriis dicere tempus admonet atque ipsam rationem sacramentorum edere.” [Ed. Crítica de B. Botte en Sources Chrétiennes 25bis, p. 156].
12. En el mismo sentido, San Agustín, aunque de él no conservamos una colección de catequesis mistagógicas, sí en un sermón a los neófitos en la mañana del día de Pascua les expone en estos términos el sacramento de la eucaristía: “Lo que estáis viendo sobre el altar de Dios, lo visteis también la pasada noche; pero aún no habéis escuchado qué es, qué significa, ni el gran misterio que encierra. Lo que veis es pan y un cáliz; vuestros ojos así os lo indican. Más según vuestra fe, que necesita ser instruida, el pan es el cuerpo de Cristo y el cáliz es la sangre de Cristo. (...) A estas cosas, hermanos míos, las llamamos sacramentos, porque en ellas es una cosa la que se ve y otra la que se entiende.” (*Sermón 272*)



dimensión mistagógica: la homilía. Partiendo de los textos bíblicos o de los ritos litúrgicos (SC, Nos. 35, 2) los asistentes, en su mayoría, en situación de catecumenado, tienen el derecho de ser remontados hasta el misterio para entrar en comunión vital con él.

Si se asume en serio la dimensión mistagógica de la homilía, se puede ir articulando desde el mismo interior de la celebración el necesario equilibrio entre la liturgia de la Palabra y la liturgia de la eucaristía y hacer más perceptible la unidad de lo que constituye un único acto de culto.

BIBLIOGRAFÍA

CASTEL, DOMODO, *El misterio del culto cristiano*, San Sebastián, 1953.

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LAS DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Instrucción Redemptionis sacramentum*, sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima eucaristía, 25 de marzo de 2004.

ECO, HUMBERTO, *Tratado de semiótica general*, Barcelona, 1995. La edición castellana es traducción de la original inglesa *A Theory of Semiotics* (Milán, 1974).

FUEYO, AMADOR Y DE LUIS, PÍO (traductores), *Obras completas de San Agustín*, T. XXIII, Madrid, 1983.

GONZÁLEZ, CARLOS IGNACIO (traductor y editor), San Irineo de Lyon, *Contra los herejes*, México, 2000.

JUAN PABLO II, *Carta apostólica Novo millennio ineunte*.

JUAN PABLO II, *Carta encíclica Ecclesia de eucharistia*.

JUNGMANN, J.A., *El sacrificio de la misa*, Madrid 1959.

SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio general para la catequesis*, 15 de agosto de 1997.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, III. Edición dirigida por los Regentes de Estudios de las Provincias Dominicanas de España, Madrid 1994.

VATICANO II (CONCILIO ECUMÉNICO), *Constitución Lumen gentium (LG)* sobre la Iglesia.

VATICANO II (CONCILIO ECUMÉNICO), *Constitución Sacrosanctum Concilium (SG)* sobre la liturgia.

